

EL CUIDADO Y LA PREVENCIÓN, ACONTECIMIENTO DE LA TERNURA DE DIOS

Nícida Díaz OP¹

Introducción

Cuando hablamos del cuidado y la prevención, enseguida pensamos en los abusos de poder, conciencia y sexual; pensar así es bueno, y nos ayuda, porque nos pone en modo vigilante para ponernos en salida y acompañar la vida vulnerable y vulnerabilizada en la situación de abuso que sólo causa dolor y sufrimiento en nuestros hermanos y hermanas.

Yo quiero ir más allá y hablar del cuidado y la prevención desde el mandamiento del amor vivido en comunidad de hermanas, y descubrir que cuidar es amar y nos hace bien porque el amor y el bien vienen de Dios, un Dios preocupado y ocupado a nuestro lado. Si cuidarnos viene de Dios, entonces, sólo entonces, todo lo demás se nos va dando por añadidura.

Cuidarnos favorece la comunión entre nosotras, llevando juntas las preocupaciones apostólicas y superando las tensiones entre nosotras, cuando nos abrazamos en el perdón y la reconciliación².

Cuidarnos desde la lógica de Dios, capaz de dejar las noventa y nueve ovejitas para salvar a la que se encuentra perdida en la trama de la mundanidad espiritual que le hace perder lo esencial en su vida consagrada.

Cuidarnos, nos descentra de nosotras mismas para centrar en nuestra vida a Dios y a las hermanas y hermanos en la comunidad y en la misión.

1 La hermana Nícida Díaz es Dominicana de la Presentación, profesora de Teología Espiritual en el postgrado del Instituto de Teología para Religiosos (ITER). Correo electrónico: nicidamparo@gmail.com

2 Cf. Constituciones y Ordenaciones de las Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación de la Santísima Virgen, (2010), C 5, 20.

En la espiritualidad del cuidado descubrimos y admiramos que cada una “necesita de las otras para ser plenamente ella misma”³.

Cuidar es amar: “Ámense unos a otros como yo los he amado... para que tengan vida y vida en abundancia” (Jn13,34-36.10,10)

En la vida religiosa, las hermanas nos debemos el cuidado entre nosotras, allí donde vivimos, nos movemos y existimos, a saber, en nuestra comunidad, en nuestra misión. Parafraseando la cita del Evangelio de Juan podemos decir, cúdense unas a otras como yo las he cuidado para que tengan vida cuidando la vida entre ustedes.

La conciencia del cuidado nos pone en salida y nos compromete en la realidad de cada hermana. Para que esto suceda es necesario que salga al paso la humildad y la verdad, en el reconocimiento de nuestra necesidad de cuidarnos; no es tarea fácil decir que necesitamos cuidarnos, pues, a veces, pesa más el orgullo de creer que no necesito de mi hermana, me bastan mis fuerzas y mis capacidades. Lo cual es un autoengaño que se entremezcla para desentendernos de las otras, porque decir que necesito del cuidado de mis hermanas significa exponer mi vulnerabilidad en las manos de otra, es confesar que yo también tengo responsabilidad de cuidar a mis hermanas, esto rompería el círculo vicioso que solemos escuchar en nuestras comunidades: “que cada quien se las resuelva como pueda” o en boca de Caín “¿acaso soy yo guardián de mi hermano?”

Por tanto, necesitamos promover el cuidado entre nosotras, cuidarnos unas a otras a la manera de Dios; es el paso para hacer de la comunidad un espacio seguro, un lugar donde nos sentimos acompañadas, amadas y sostenidas en la fraternidad. Un lugar teológico donde nuestra manera de ser y estar deja el buen olor de Cristo, porque hemos escuchado su Palabra que nos invita a vivir el amor entre unas y otras, expresado en el cuidado como signo de la ternura de Dios, pues, “Toda persona se convierte en signo de la ternura de Dios cada vez que escucha las necesidades de los

3 Constituciones y Ordenaciones, C 5, 20.

demás y acoge con amor sus fragilidades, como hizo el Señor con nosotros, abrazando nuestra humanidad”⁴.

¿Por qué y para qué cuidarnos?

Porque cuidarnos viene de Dios, y tenemos que contemplar el cuidado desde Dios, pues el cuidado es espacio de revelación de Dios y de respuesta a él (lugar conjunción de lo divino y de lo humano)⁵.

Dios mismo nos cuida y se desvela por sus hijos e hijas pues conoce nuestra humanidad vulnerable “Todos somos vulnerables, todos. Adentro en los sentimientos, tantas cosas que ya no funcionan adentro, pero nadie las ve. Y otras las ven, todos. Y necesitamos que esa vulnerabilidad sea respetada, acariciada, curada en la medida de lo posible, y que dé frutos para los demás. Somos vulnerables todos”⁶.

Porque la urgencia del cuidado entre nosotras ya es un reconocimiento de que, “La vulnerabilidad es el camino principal que nos conduce a la solidaridad y nos pone en contacto con esa fuerza interior que nos sostiene y nos ayuda a sostener a los demás”⁷.

La práctica comunitaria del cuidado recrea nuestra sensibilidad y nos dispone para cuidar de nuestros hermanos y hermanas en la misión, esos que Dios ha puesto a nuestro lado, para custodiar la vida; para que ninguno se pierda en una falsa relación que trae dolor y sufrimiento cuando se es utilizado y manipulado en la búsqueda ignorante de un placer que tiene su raíz en una sexualidad enferma incapaz de conducir y conducirse a la generosidad y al gozo, porque sólo genera egoísmo e infelicidad y deteriora a la persona.

4 “Abrazar la vulnerabilidad para ser testigo de la ternura de Dios”, *Boletín UIISG* (Unión Internacional de Superiores Generales), No. 177 (abril 2022).

5 “Cuidarnos para cuidar”, en *Jornadas Cónfer* (febrero 2017), 4.

6 María Ximena Rondón, “Que la vulnerabilidad sea reconocida como esencia de lo humano, pide el Papa Francisco”, *Aciprensa*, 07 de septiembre de 2017, <https://www.aciprensa.com/noticias/66415/que-la-vulnerabilidad-sea-reconocida-como-esencia-de-lo-humano-pide-el-papa-francisco>

7 Cf. Abrazar la vulnerabilidad para ser testigo de la ternura de Dios.

Porque cuidarnos es una exigencia de Caridad; cuidarnos a la manera de Jesús que pasó haciendo el bien, el Buen Pastor atento a las ovejas para que ninguna se pierda y tengan vida y la tengan en plenitud (cf. Jn 10, 10.11-18); el Buen Samaritano que se inclina sobre el hombre herido, vendar sus heridas y se ocupa de él (cf. Lc 10,30-37).

Porque quien aprende a cuidar, se hace cargo de la vida de sus hermanas y hermanos, especialmente de los que tienen mayor necesidad, porque sabemos por boca de Jesús que “sólo tienen necesidad del médico los enfermos”, los vulnerables, y todas somos vulnerables, todas necesitamos cuidarnos y guardarnos unas a otras en el amor.

Porque en medio de nuestra vulnerabilidad podemos vulnerabilizar a otras con el abuso de poder, de conciencia y hasta sexual, por eso, la urgente necesidad de aprender que, “si un miembro sufre, todos sufren con él” (1Co 12,26). Todas por nuestra consagración estamos llamadas a asumir y abrazar el sufrimiento de quien se la ha ensombrecido su dignidad humana, ese valor intrínseco que toda persona tiene por haber sido creada a imagen y semejanza de Dios.

Cuidarnos es un aprendizaje para ordenar nuestras pasiones, sentimientos y afectos para llevarlos al lugar correcto de nuestras relaciones, esto es, a nuestro corazón, allí donde mora lo más sagrado de nuestra vida, Dios, el único que puede unificar nuestros deseos e integrar nuestra vida en todo lo que viene de Él y liberar nuestra manera de relacionarnos con nuestras hermanas y hermanos.

¿Para qué cuidarnos?

Sencillamente cuidar para prevenir de todo aquello que por ignorancia hemos normalizado y peor aún, hemos silenciado, causando grandes heridas a nuestras hermanas de comunidad y a nuestras hermanas y hermanos en la misión.

Para estar atentas, vigilantes como centinelas, y poder descubrir el porqué de las situaciones de abusos en todas sus expresiones y no caer en ellas.

En el cuidado estamos llamadas a comprender y canalizar de manera correcta nuestra sexualidad para generar confianza, libertad y responsabilidad en nuestras relaciones que, sostenidas en Dios, nos hace humanas, plenamente humanas y divinamente humanas. Hasta llegar a asumir en nuestra propia carne los sentimientos de Cristo, que, con el “don de su vida y su sacrificio, nos abrió el camino del amor y dice a cada uno: «Sígueme y haz lo mismo»” (cf. Lc 10,37)⁸.

El cuidado en la Biblia

En el Antiguo Testamento: En el libro del Génesis podemos ver a Dios caminando por el jardín en busca de Adán y Eva que se habían perdido en la desobediencia y se escondían de la Presencia de Dios (Cf. Gn. 3,9); también lo encontramos cuestionando la crueldad de Caín al asesinar a su hermano Abel, y a la vez procurándole la protección para salvaguardar su vida (Gn. 4,15).

En el Éxodo, Dios se revela como el que está atento al llanto, dolor y sufrimiento de su pueblo. El cuidado comienza con la escucha atenta y compasiva para luego convertirse en acción, compromiso y envío (Cf. Éx. 3, 7-10).

En el libro de los Proverbios 31, 10-31, la mujer elogiada concretiza el amor mediante el cuidado no solo de su círculo familiar, al cubrir las necesidades de vestido y comida, mediante la vigilancia de noche y de día, sino que ofrece su mano a los indigentes ajustándose mucho más a la idea del amor propia del AT⁹.

“En el libro de Oseas, Yahvé ante todo ama y actualiza ese amor por medio de gestos y acciones concretas y llenas de simbolismo: llama, toma en brazos, enseña a andar, acaricia, cura, atrae y se inclina para dar de comer. La gratuidad del amor de Dios y su concreción podrían llamar al creyente a la vivencia recíproca, fortaleciendo la relación personal y

8 Mensaje del Santo Padre Francisco para la celebración de la 54 Jornada Mundial de la Paz, https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/peace/documents/papa-francesco_20201208_messaggio-54giornatamondiale-pace2021.html

9 Cf. Cuidarnos para cuidar, 13.

comprometiéndose en hacer suyos y entregar a los hermanos los gestos y acciones de cuidado descrito”¹⁰.

En el Nuevo Testamento, “la acción de Jesús tiene una referencia antropológica y teológica y la parábola del Buen Samaritano es una buena muestra. La clave del cuidado en el texto queda transcrita en la actitud de acogida. Dios acogió la vida de los hombres y el gesto que mejor lo expresa es el envío de su Hijo, que acoge a todos los seres humanos. El ser humano tiene como prójimo no sólo a la humanidad sino a cada hombre y mujer concreto. En este texto aparecen elementos esenciales del cuidado: “lo que hay que practicar se puede inferir de la conducta de una persona a la que un caso de evidente necesidad mueve a ejercitar la misericordia”¹¹.

Toda la acción de Jesús es la de cuidar a su pueblo; los más cercanos como sus discípulos, y pide al Padre que los libre (cuide) del maligno para que ninguno se pierda, pero también cuida de aquellos que lo buscan, les da vida y recupera su dignidad fundamental, los incluye en la sociedad, en la religión. Jesús acoge la vida de los más vulnerables, los niños, las viudas, los enfermos, los pobres, los esclavizados y marginados por la ley, las prostitutas y publicanos; a todos los acompaña y cuida dándoles vida. Cuida misericordeando y primereando a los que entre ellos tienen mayor necesidad.

La propuesta mayor en el cuidado será la práctica del amor “Ámense unos a otros como yo los he amado” (Cf. Jn 13, 34-36).

¿Cómo cuidarnos y cuidar?

En la escucha atenta, compasiva y misericordiosa: Escucharnos para cuidarnos. Necesitamos volver a escuchar y escucharnos, no solo las palabras, también los gestos, comportamientos, nuestros distanciamientos y cercanía, sin prejuicios ni condenas. Escuchar el porqué de ciertas actitudes y maneras de comportarnos entre nosotras, escucharnos como lo haría Jesús en este tiempo tan convulsionado por las distracciones, por tanta violencia, por la atmósfera de guerra que toca a nuestras comunidades y se entreteje finamente en las relaciones con uno mismo, con los demás,

10 Cuidarnos para cuidar, 13.

11 Cuidarnos para cuidar, 14.

con la creación, con Dios, fracturando nuestra afectividad y contagiándola con sus insinuaciones mundanas.

Escucharnos para no dejarnos robar la fraternidad.

Escucharnos en nuestros encantos y desencantos, en nuestros desconciertos, en nuestro cansancio y en nuestra manera de mirar la vida, en nuestra crisis vocacional o crisis de fe; escucharnos para ser acontecimiento de salvación en nuestra historia personal y comunitaria y aprender a llevarnos juntas por el camino de la Vida.

La escucha será compasiva y misericordiosa porque se escucha con los oídos del corazón, allí donde está Dios, que con su Espíritu gime en nosotras con gemidos inefables (Cf. Rm 8,26).

En la oración como encuentro místico con Dios y con nuestros hermanos y hermanas.

La oración nos hace bien cuando la acogemos como necesidad existencial en nuestra vida, en la oración nos sentimos atraídas por el Señor, que nos invita a estar con Él en la intimidad del corazón, a escucharlo, y aprender que amar significa cuidar, custodiar la vida en Dios, cuidar y custodiar nuestra interioridad.

En la oración descubrimos nuestra vulnerabilidad y cuán necesitadas estamos de Dios y de las hermanas; descubrimos también nuestros deseos insaciables y expuestos siempre a toda tentación que sólo será asumida y superada en la escucha contemplativa de la Palabra de Dios que nos fundamenta y, también, en la fuerza de su Espíritu que nos sostiene dándonos consistencia.

En la oración descubrimos que sólo un corazón humilde y vigilante contempla y acoge la presencia novedosa de Dios que pasa por nuestra vida cuidándonos y salvándonos, como el Buen Pastor, como el Buen Samaritano que “sana nuestro corazón quebrantado y venda nuestras heridas” (Sal. 147,3).

En la oración nos liberamos de esas imágenes falseadas de Dios que distorsionan y fracturan nuestra relación con Él, con una misma, con nuestros hermanos y hermanas y con la creación, fetiches que proyectan una imagen todopoderosa de Dios que no necesita de nada ni de nadie, y nos llevan a negar la necesidad de amarnos y cuidarnos. La oración purifica el corazón y lo libera de toda fisura interior para que, sanado y liberado, pueda sanar y liberar.

La oración nos pone en salida para el encuentro con nuestras hermanas y hermanos, para vivir la mística del cuidado, vivir nuestra identidad fundada en el Amor que viene de Dios. “Que el amor sea sincero, aborrezcan el mal y procuren todo lo bueno. Que entre ustedes el amor fraterno sea verdadero cariño, y adelántense al otro en el respeto mutuo (...) Sean pacientes en las pruebas y oren sin cesar(...) Compartan con los hermanos necesitados y sepan acoger al que está de paso (...) Alégrese con los que están alegres, lloren con los que lloran. Vivan en armonía unos con otros (...) No te dejes vencer por el mal, más bien derrota al mal con el bien (...) No tengan deuda alguna con nadie, fuera del amor mutuo que se deben” (Rm 12,9 ss.; 13,8).

La oración nos libera de la comprensión mundana del poder, tener y placer.

Vivir el poder, el tener y placer desde la perspectiva de Dios

Poder para servir, para amar y entregar la vida, poder para perdonar y sanar heridas, poder para dialogar, para encontrarnos y transformar nuestra historia en historia de salvación.

Tener para compartir solidariamente con aquellos a quienes el egoísmo les arrebató el pan y lo necesario para vivir con dignidad.

El placer será el gozo de vivir como hermanos y hermanas sentados alrededor de una misma mesa celebrando el sueño de Dios, un mundo más humano y más fraterno.

Cuidar, es el ejercicio de la Caridad: Nos hace bien para hacer el bien

Quiero traer a colación, en este punto, la propuesta que nos hace nuestra fundadora Marie Poussepin, un ejercicio claro y concreto del cuidado y la prevención; es una regla humana espiritual que integra la vida personal comunitaria y la misión de la comunidad de hermanas. Una regla que da prioridad al cuidado porque cuidarnos en todos los aspectos nos hace bien.

Cuidar nuestra manera de ser y estar ante Dios y ante nuestras hermanas y las demás personas; trabajar por nuestra santificación y “la salvación de los otros de la manera que les conviene; es decir por la instrucción, la asistencia y el buen ejemplo”¹²

Nos indica de manera muy sencilla el cómo:

Respecto de Dios mismo, fidelidad en la disciplina intelectual, espiritual y humana:

Sean fieles sin relajación a todos los actos de piedad, oraciones, lecturas, meditaciones, silencio (...) Conservar la Presencia de Dios en todas vuestras acciones” (...)

Respecto de las hermanas, nos anima a crecer en relaciones, fraternas, sencillas, libres constituyentes y humanas:

“Sed dulces en vuestras palabras, sencilla en vuestros discursos, modestas en vuestras respuestas, prontas en la obediencia y gozosas en todos los servicios (...) Estad llenas de caridad para con ellas, no las juzguéis nunca mal, y no digáis nada que no sea bueno (...) Orad mucho por ellas”¹³.

Respecto de las niñas, mantener con ellas un trato humanizador: “Tened mucha ternura y vigilancia respecto de las niñas que educáis: Sed dulces sin debilidad, firmes sin dureza, graves sin altivez, corregid sin cólera”¹⁴.

12 Constituciones y Ordenaciones, 130-132.

13 Constituciones y Ordenaciones, 130-132.

14 Constituciones y Ordenaciones, 130-132.

Respecto de las personas de fuera, teniendo por encima de todo la caridad con ellas: “muchacha prudencia y paciencia, una gran bondad y singular modestia (...) Prestad servicio a los enfermos con gran testimonio de caridad y sin demostrar disgusto”¹⁵.

Respecto de sí misma, una gran humildad para reconocer que somos vulnerables, capacidad de discernimiento para la conversión, jamás de mal humor:

Trabajad principalmente en adquirir una humildad profunda, mucha desconfianza de los propios pensamientos y pureza de intención en todo lo que hacéis (...) Examinad con frecuencia atentamente sobre los defectos (...) proponed seriamente, cada vez, velar más y más sobre vos misma (...) Si por desgracia, lo que Dios no quiera, llegáis a caer en una falta considerable, no os detengáis, sino que, sin desalentaros, levantaos prontamente. Presentaos con humildad delante de Dios (...) pedidle con ardor y confianza que os fortifique para levantaros de nuevo y que no permita que caigáis en adelante¹⁶.

A Marie Poussepin le importaba el cuidado que nos debemos las unas a las otras, pero también el cuidado en nuestra relación con Dios, con los demás y con una misma. Un cuidado que integra la vida de todos y en todo. Este cuidado es también un camino de prevención para no caer en aquello que nos deshumaniza y fractura nuestras relaciones. Todo cuanto hagamos debe estar movido por la Caridad, el alma de la comunidad.

Marie Poussepin ensancha su tienda para los demás. En ella podemos ver claramente su prontitud por el cuidado de las jóvenes de su tiempo; este fue su primer paso en el ejercicio del cuidado, un cuidado pastoral: “Tomó consigo jóvenes del campo, sin asilo y sin recursos, para educarlas en el temor de Dios, enseñarles a trabajar para ganarse la vida y hacerlas capaces de evitar los desórdenes a que exponen la miseria y la ignorancia”

17

Se dedica al cuidado de lo más vulnerable, aquellas muchachas que estaban en situación de riesgos, porque la miseria y la ignorancia era tan grandes, por no decir más, en un pueblo devastado por la guerra, el

15 Constituciones y Ordenaciones, 130-132.

16 Constituciones y Ordenaciones, 130-132.

17 Constituciones y Ordenaciones, Pag 14.

hambre y la miseria: “El cuidado sólo surge cuando la existencia de alguien tiene importancia para mí. Paso entonces a dedicarme a él, a participar de su destino, de sus búsquedas, de sus sufrimientos y de sus éxitos, en definitiva, de su vida”¹⁸.

Conclusión

Cuidarnos en comunidad abre el camino a la pastoral del cuidado y protección, en la misión. Allí nos comprometemos en el cuidado de nuestras hermanas y hermanos, especialmente, niños y niñas, jóvenes, adultos mayores y cada persona que en situación de vulnerabilidad necesita que no sólo nos preocupemos, sino que nos ocupemos acogiendo la Vida y acompañando la vida en cada realidad.

Estamos llamadas como mujeres consagradas a cuidar la esperanza de nuestros hermanos y hermanas y a no dejar que nada ni nadie nos la robe. Cuidar y acompañar con la ternura de Dios que, amándonos, nos da vida en abundancia.

Cuidar para hacer creíble la esperanza profética de una tierra nueva y un cielo nuevo, donde ya nadie llora ni sufre porque hemos decidido amarnos y cuidarnos los unos a los otros con la ternura de Dios.

¹⁸ Cuidarnos para cuidar, 2.